

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Nacionalismos

EL proyecto presentado por M. Briand para la unificación de los Estados europeos no es sino uno más de los toques de alarma, que desde el final de la guerra, las potencias europeas se dan unas a otras ante la inminencia de su derrota económica. M. Briand presenta el proyecto sentimentalmente: no lleva intenciones de oponerse a ninguna otra potencia mundial; sólo quiere la unión moral de los pueblos del viejo continente para afianzar la paz sobre la tierra. Esto no obsta para que dentro del plan trazado no figure una de las potencias—también europea—, pero en desacuerdo con los generadores del plan, el Estado Ruso. Sin embargo, el proyecto de M. Briand está adornado de las mejores intenciones pacifistas y es como la síntesis de todo lo que en pro de este ideal humano se ha hecho desde la terminación de la guerra. Pero detrás de estas buenas palabras, que podrían significar un cambio en la literatura imperialista, antes descarada, hoy melosamente miedosa, está el verdadero fenómeno que justifica el proyecto: la decadencia económica de Europa por la acometida brutal del imperialismo yanqui.

Europa registra una de sus más peligrosas crisis. Está al borde de la quiebra, y en vísperas de convertirse en dependencia económica de la más joven potencia de la tierra. Esto que ya no sólo es un temor sino un hecho en algún país aplastado por el negocio de la guerra, se presenta con tintes aterradores para

aquellos países que desde tiempos bien lejanos mantenían el cetro económico del mundo. Y no es que los mercados de Oriente, los preferidos de Europa, se hayan terminado para sus productos, por la evolución de aquellos pueblos, ya que es norma imperialista no permitir la industrialización de sus colonias. No es que las materias primas obtenidas en las colonias dejen de afluir a la grandes ciudades industriales de Europa. Ni es que el hervor casi unánime de los países esclavizados, por alcanzar su independencia, cree situaciones tan delicadas como la de China y la India. Es que rápidamente, con energía y potencia nuevas, el poder del Imperio yanqui aumenta y va desalojando a los imperialismos europeos de sus viejos dominios. Deudas de guerra, compromisos del más débil con el más fuerte, standarización de la vida, racionalización de los productos, super-producción y, por consecuencia, super-capitalización, son los factores que arriman a Europa hacia sus propias precarias fronteras, mientras los Estados Unidos de Norte América crecen y se expanden inconteniblemente.

Cuando Alemania amenazó competir con el resto de la producción de Europa, se formó la Entente que sólo llevó la misión de aplastarla. Se habló de un peligro teutón, de la civilización en peligro por el militarismo alemán, etc., etc. Alemania causó uno de los más fuertes resquemores a Francia e Inglaterra. que se unieron para derrotarla, y si no hubiera sido por la ayuda interesada y de última hora de los Estados Unidos, habría sido difícil adjudicar el triunfo a los aliados.

Hoy, ante una amenaza muchas veces superior, la vieja Europa se inquieta e inventa toda clase de proyectos «pacíficos» que sólo llevan el fin de equilibrarse ante los golpes certeros de su poderoso rival, y retrasar siquiera, ya que no eludir, la inminencia de su caída.

Los Estados Unidos de N. A., negación dialéctica de la madre Europa, engendrados por ella, lleva en sus gérmenes la misión de destruirla. Europa, que lo sabe bien, se defiende desesperadamente. Ya los ingleses dijeron que con los Estados Unidos toda política de acercamiento sería buena, a pesar del desprecio que como raza y como cultura superior sienten hacia ese conglomerado de razas europeas injertadas en suelo americano.

¿Qué otras causas, que el peligro económico enunciado, menciona M. Briand para justificar su proyecto?

Una ola de nacionalismo invade hoy los límites estrechos de los estados burgueses. Y en un continente del más mezquino regionalismo—restos de una feudalidad espiritualmente

no vencida—, en donde de aldea a aldea existen odios y rencores como en los tiempos del medioevo, una doctrina de amplio nacionalismo continental va a juntar las manos de los que, hace pocos años no más, fueron enemigos. Pero es que no son las manos las que se juntan, sino el común interés de defender su posición económica en peligro. Triunfa, pues, incontestable la doctrina materialista de que más fuertes que los vínculos espirituales, hechos a base de sentimentalismo, lo son los económicos, capaces de realizar las más antagónicas fusiones.

Los Estados Unidos de Europa, los Estados Unidos de Norte América. Parece que englobados en estas dos concepciones quedan todos los demás pueblos de la tierra, que ya en una forma u otra—siempre económica, nunca espiritual—, los pueblos del mundo dependen de una u otra entidad. Los pueblos coloniales o semi-coloniales, aquellos que sirven de graneros o de depósitos de materias primas a los dos *trusts* imperialistas, son los únicos que no se federan, puesto que están al margen de cualquier intento de reorganización interna. Pueblos económicamente atrasados, sin industrialismo, sujetos a las metrópolis imperialistas por sus cuatro costados. Asia, Africa, América Española.

De la existencia de estos pueblos atrasados depende exclusivamente el poderío y la existencia de los estados imperialistas como tales. Los países coloniales o semi-coloniales están condenados a no industrializarse para no convertirse en competidores de las metrópolis imperialistas; están condenados a vivir de un miserable presupuesto para no rechazar los empréstitos de las metrópolis, y están condenados a convertir en únicas sus producciones, industrias extractivas, agricultura, para que el curso normal del imperialismo no se vea obstaculizado.

Así el panorama económico de América Latina. Casi todos los pueblos de América han concentrado sus energías en una producción. Cuba, azúcar; Costa Rica, café y bananas; México, petróleo; Perú, cobre; Bolivia, minerales; Colombia, petróleo, bananas, etc., etc. De manera que cuando sobreviene una crisis en cualquiera de estos productos, producida por los juegos de bolsa, la economía del país productor sufre una baja asfixiante. Y como una de sus consecuencias acude al empréstito, al encarecimiento de la vida, a los impuestos internos.

No cabe duda de que América, país joven en el ejercicio de los negocios de Estado y en el cual se injertó el método europeo

con todos sus vicios y sin ninguna de sus virtudes, país que desconoce regímenes realmente liberales, en donde el concepto de civismo sólo es una frase hueca para adorno de discursos políticos, y la democracia no está en crisis porque nunca ha existido; no está aún capacitado para afrontar una política de vastas proyecciones que, iluminada en parte por la doctrina de Bolívar, lleve la finalidad de liberar estos pueblos de su actual dependencia económica respecto de los Estados imperialistas. Antes bien, una común política suicida es la adoptada por la mayoría de los gobernantes de América. Política de concesiones, política de empréstitos, política de monocultura. Ellos, con esa irresponsabilidad que da la ausencia de visión en un porvenir demasiado cercano, la llaman «política de reconstrucción nacional, de progreso». Ni siquiera el principio de un sólido nacionalismo previsor, tan en boga hoy, acude a las mentes de los padres de las Repúblicas latino-americanas. Un nacionalismo no restringido entre las fronteras, ya que ante la perspectiva de los nacionalismos imperialistas nos resulta en extremo perjudicial, sino un nacionalismo que abarque todo el sector afectado por la acometida del Norte. «El nacionalismo es cosa para mayores», dicen los imperialistas, y lo prohíben y lo estorban sistemáticamente en los pueblos coloniales. Un nacionalismo chino, como un nacionalismo indú o indo-americano, sería un golpe de muerte para la estabilidad de los Imperios económicos que se reparten el mundo. Pero también es cierto que en esta hora de *trusts* imperialistas internacionales, la situación de los pueblos coloniales y semi-coloniales sólo puede resolverse por medio del nacionalismo.

No olvidemos que, en su hora, México dió el primer paso tendiente a la unificación de los pueblos de habla indo-española. Su proyecto de ciudadanía automática rompía barreras y hermanaba a todos los latino-americanos. Pero, prudentemente, la Embajada yanqui vetó el proyecto y a pesar de haber sido aprobado por el Senado del país, tuvo que archivarse por «demasiado prematuro».

A los que ingenuamente propugnan un internacionalismo de base utópica, por la riña de intereses y por la falta flagrante de preparación de parte de la única clase capaz de realizarlo, habría que responderles que idénticamente como las clases explotadas jamás podrán fusionarse con las clases explotadoras, de las que son engendro y a las que deben destruir, así también los Estados imperialistas, succionadores de la vitalidad de los pueblos coloniales, no podrán acceder a que éstos progresen y se levanten del nivel de miseria en que viven,

ya que sobre su miseria y su atraso se levanta el poderío de los estados imperialistas.

Un nacionalismo consciente no supone, como afirman y propagan de otro lado los vagos radicalistas, el odio ciego y unilateral por los países considerados dentro del radio imperialista. El moderno concepto de nacionalismo no está hecho en la medida estrecha de los regionalismos medioevales, y está exclusivamente dirigido contra la casta plutocrática que desde el poder del Estado o desde la banca—otra forma del mismo poder—, dirigen su explotación sobre los pueblos coloniales. No está incluida, como es lógico, la otra clase social que en los países imperialistas contribuye con su fuerza y trabajo a la consolidación de la casta explotadora. Y sí incluye a los del propio país colonial que se alían con los imperialistas para permitirle la libre entrada y la libre explotación de las grandes masas de trabajadores de la ciudad y del campo.

Y en su concepto constructivo, un nacionalismo lleva la finalidad de unificar todas las fuerzas nacionales para llevar a los pueblos a un verdadero progreso, libre de influencias extrañas y de tutelajes interesados.

Los Estados Unidos de Europa, fórmula de peligro para la defensa del poder económico del viejo continente, amenazado por el imperialismo yanqui, es un ejemplo magnífico que nuestros maestros de siempre nos ofrecen y que lleva en sí el secreto de nuestra prosperidad futura. ¿Con la inconsciencia de la irresponsabilidad dejaremos para cuando el remedio sea inútil la formación de una Federación de Estados Latino-americanos, como lo previó el Libertador, única valla para contener apetitos?—MAGDA PORTAL.

Precursores, profetas y salvadores

LOS trastornos sociales y políticos que sufre el mundo en la actualidad son considerados generalmente como una consecuencia de la gran guerra. Pero bien miradas las cosas, es posible advertir que, tanto ésta como el estado caótico que constituye su ineludible derivado, no hubieran sido posibles si el incremento del progreso material y la vertiginosa velocidad que en este siglo ha adquirido la vida no hubieran predispuerto el ánimo al cataclismo, multiplicando las dificultades de la lucha por la existencia, haciendo más en-